



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los dias 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XIII.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 8 de Octubre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, libreria de la Aurora, Navas, 24.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Segun verán nuestros suscritores, y animados del solo deseo de complacerles, no venimos omitiendo medio alguno de que nuestra publicacion reúna las condiciones de utilidad y recreo, á más de la notable rebaja que hemos hecho en su precio. Para primeros de año saldrá nuestra revista con cubierta impresa y seccion de anuncios, y más adelante procuraremos hacer en ella las mejoras de que sea susceptible. En cambio de nuestros constantes esfuerzos y para que nuestros deseos se realicen, suplicamos á los señores suscritores que se hallen en descubierto del pago, tengan la bondad de hacerlo efectivo para evitar complicaciones á esta Administracion, y respondiendo á las preguntas que se nos dirigen sobre el modo de hacerlo, diremos que en los puntos donde haya facilidad para remitirlo por el Giro mútuo, en él se admite hasta la corta cantidad de cuatro reales, y donde esto no sea posible, en sellos de franqueo de á diez céntimos pueden hacerlo.

SUMARIO.

Á Maria, Reina de la pureza, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por id.—Á la Virgen Maria, poesia, por D. José Salvador de Salvador.—El palacio de Montsabrey, novela.—Seccion infantil, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

Á MARÍA, REINA DE LA PUREZA.

Místicas palmas de Cades, inmarchitas violetas de Saron, azúceñas del paraiso, embalsamadas rosas del Carmelo; perfumad con vuestra divina fragancia el acento que hoy brota de mis labios, para que pueda murmurar sin hacerle ofensa, un nombre símbolo de inocencia y amor: ¡MARÍA!
¡Oh! Madre mia! si el homenaje que te tributa mi corazon fuera tan puro como las siete estrellas que rodean tus sienes, tan ferviente como el suspiro que brota de las arpas de oro de los querubines que cercan tu trono, tan rico en galas como los espléndidos rayos de sol que prestan pabellon á tu augusto solio, tampoco, Virgen Inma-

culada, sería digno de ofrecerse ante las aras de tu altar.

Porque Dios te formó de su aliento, dió á tu frente la inocencia del primer rayo de su mirada; á tus ojos el irresistible fuego de su amor, y te hizo bendita y llena de gracias y perfecciones sobre todas las obras de su mano.

Porque era Omnipotente, y podía derramar en tí más dones que en la inmensidad de su creacion.

Porque ibas á ser su Madre, y debia honrarte y preferirte como á tal.

¿Cómo, pues, luz de los cielos y Emperatriz de los arcángeles, me atreveré á cantar tu gloria en el día de tu más esplendente y soberano triunfo?

¿Cómo, pues, intentaré publicar tus alabanzas, si los ángeles mismos se humillan deslumbrados ante la inmensidad de tu grandeza.

Mas, sí lo haré, porque si eres Reina de los serafines, eres tambien Madre de los hombres, y tu bondad es igual á tu poder, y tu misericordia llena la tierra y el firmamento.

Virgen María, hoy el mundo te aclama concebida sin pecado, y alza hasta el augusto trono de tu Hijo un grito del corazon para mostrarle su gratitud, porque la voz de su Vicario sonó por fin desde el Vaticano, permitiendo que al instinto del alma que te llamaba siempre INMACULADA, responda la voz de la razon, repitiendo tambien, INMACULADA.

Y esta palabra que llena los espacios, está escrita en las flotantes nubes con los colores del iris, y en la extension de los cielos con la fecunda luz del sol, y con el trémulo fulgor de las estrellas y los luceros.

Y la tierra la muestra impresa en el cáliz de las flores que brotan de su seno, y los mares la graban en sus verdes olas con blanquisimas espumas.

La armonía de esa sola palabra es una melodía divina. ¡Vibracion lejana de los cantares de los santos, que tiene un eco en el corazon de los hombres!

Los espíritus celestiales la murmuran al oído de los niños que reposan dormidos en el regazo de sus madres, y los niños sonrien bendiciendo en sus infantiles ensueños tu incomprendible pureza, María; y por eso es tan casta la alegría que brilla en sus ojos y que nosotros no comprendemos; y por eso es tan bella la paz que luce en sus frentes.

Esa palabra la repite el trueno con su aterradora majestad, y por su amorosa influencia el vendabal se convierte en céfiro suave, murmurando dulcemente *bendita* al repetirla en el espacio.

Esa palabra calma los mares cuando al soplo de la ira de Dios se agitan embravecidos, encadena la tormenta, detiene el rayo; y si brilla el relámpago en las nubes, es solo por iluminar la plenitud de su grandeza, escrita con mundos de luz en la inmensidad de la creacion.

Esa palabra es el ánclora del náufrago, que la ve irradiando en la blanca estrella que guía su nave al puerto deseado.

Es la esperanza del moribundo que la mira grabada con signos de amor sobre las puertas del cielo, á través de la sombría noche de la tumba.

Es el amparo del pecador arrepentido, que llama Madre idolatrada á la que los ángeles de rodillas solo se atreven á nombrar su Reina.

¡Oh, Madre mia! Madre de mi alma! el universo entero se postra hoy al pié de tus altares, porque es el día de tu Concepcion sagrada: porque más de veinte veces ha lucido el sol de este solemne día, desde que el sucesor de San Pedro declaró como dogma de fe lo que todos los católicos tenían escrito en el corazon como dogma de amor y de sentimiento.

Más de veinte veces tus hijos te han dado ya como prenda de su alegría por este tu eterno triunfo, el incienso de sus lágrimas y la mirra de su oracion.

Hoy la España católica se postra de nuevo á tus plantas para ofrecerte el tributo de sus flores y sus plegarias y sus bendiciones: bendiciones y plegarias y flores nacidas en su corazon, y que demuestran su sincera fe y su ardiente devocion.

En esas preces, ¡oh Madre mia! se encierra el amor de las madres cristianas, de quien tú eres el amparo y la egida.

En esos ruegos va envuelta la esperanza de esas almas que llevan impresa en su fondo tu tierno nombre, y que darian su vida por demostrar que son hijas tuyas!

Tú lo ves, tú lo ves, Señora, María; en esas sencillas oraciones que entre fervientes lágrimas vienen á depositar en tus aras, van los votos de un pueblo católico de quien eres la especial protectora.

Acéptalas tú, que acoges las plegarias humildes y bendices los dones sinceros; y si son gratos á tu corazon de Madre los

himnos de alabanza que se elevan hasta tí, sosten, ¡oh amparo de los débiles! sosten con tu poderosa mano la barca del santo pescador, que hoy fluctúa combatida por las gigantes y embravecidas olas de las ambiciones humanas.

Dirigela y ampárala tú!

La luz purísima de tus ojos sea siempre su faro, que alumbrada por su radiante llama vencerá los escollos y dominará las tempestades!

Bendice tu España, esta nación que fué la primera en adorar el misterio de tu Concepcion inmaculada, y que la ha tomado por divisa al acometer sus más heroicas y grandes empresas.

Esta nación que has honrado dos veces imprimiendo en ella la huella de tus plantas.

Bendíceme también á mí, porque la primera palabra de mis labios fué una oracion á tu pureza, y la primera obra de mi pluma fué un pobre canto en tu alabanza. Y el primer latido de mi corazón, y la primera lágrima de mis ojos, y la eterna y única aspiracion de mi alma son tuyos solamente, Madre mia.

Y al despuntar la aurora te invoco; y te invoco al declinar la tarde, y cuando la luz del sol huye del cielo, y la opaca noche tiende sus sombras; yo encuentro mi día en tu imagen, y mi sol en la luz de tus ojos.

Protéjeme, pues, Madre mia: sé tú el faro que me guíe y la mano que me sostenga; inspira tú mi acento para que mi acento sea un himno perpétuo de virtud, de bien, de amor para tí.

Perdona, ¡oh Señora! perdona si mi labio ha osado dirigirte esta súplica, pero te he mirado siempre como á mi sola Madre, y yo sé que las madres son indulgentes para sus hijos.

E cucha, pues, mi débil voz; y en cambio de las flores que hoy se arrojan en tus altares, derrama en la frente de los que te aman una sola de tus miradas, y tu más amorosa bendicion.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

La nueva habitadora del palacio, á quien daremos desde ahora el nombre de Fanni, según la ha llamado su aya, se retiró efectiva-

mente del balcon, cerrándose sus hojas poco despues.

Elena quedó en su puesto sin poderse explicar por qué el acento de la voz de Fanni hallaba un dulce eco en su corazón, y por qué sin conocerla, sin saber quién era aquella jóven tan rica y tan bella, la habia inspirado una simpatía tan profunda.

Toda la noche hubiera estado pensando en ella, si la presencia de Ricardo no hubiera venido á llenar por completo su pensamiento y su corazón.

Sir Dervil pasó la velada junto á ella y al lado de D. Martin, siendo dichoso si una palabra ó una mirada furtiva de la niña venian á decirle que era suyo el amor de aquel alma pura y angelical.

VI.

Al día siguiente, Elena se levantó, y despues de dar los buenos días á su anciano abuelo, y de acompañarle á almorzar, se sentó como tenia de costumbre junto á sus ventanas con una labor en la mano.

D. Martin se dispuso á salir: hacia seis años que la pobre Consuelo habia dejado de existir, é iba al menos á visitarla en su modesta tumba.

No quiso que le acompañase Elena, ni quiso tampoco decirle el objeto de su paseo.

—¡Ella, distraida con los sueños de la juventud, no ha pensado hoy en su pobre madre, se dijo, ¿á qué recordársela para entristecerla? Dejémosla gozar de las ilusiones de la vida! Dios sabe lo que le aguarda en el porvenir.

Y el buen anciano salió dejando á Elena acompañada de Águeda.

La jóven se hallaba sola en su alegre habitacion, pues la vieja criada se habia dedicado á sus ocupaciones domésticas, dejándola entregarse libremente á los ensueños de oro que acarician nuestra mente cuando solo contamos diez y seis años.

La mañana estaba hermosa, la atmósfera azul, el aire transparente: todo parecia sonreír y alzar un himno de gracias al Autor de la luz del sol y del día.

Elena, con el alma llena de ilusiones, aguardaba ver pasar á Ricardo por delante de sus ventanas, según su costumbre de otros días, y gozar de la dicha de una sonrisa, de una mirada, de una de esas nimiedades que encierran para el corazón enamorado todo un mundo de felicidad.

La hora se pasaba, sin embargo, y Dervil no aparecia.

La niña estaba impaciente, empezaba á ponerse triste.

Por un instinto del alma alzó los ojos al cielo, pero al dejarlos caer de nuevo sobre la tierra se fijaron en una figura blanca y graciosa que absorbió desde luego toda su atención.

Era Fanni que cruzaba entonces por una de las calles de su jardín.

Fanni, que con una sencilla bata de muselina, menos blanca que su rostro, sujeta á su flexible talle con un cinturón azul, y con sus abundantes cabellos rubios cayendo en descuidados rizos sobre su frente de ángel, le pareció más bella aún que el día anterior con su elegante traje de camino.

Elena la contempló un instante con cándida admiración, puesto que aquella niña reunía á su encantadora hermosura un aire tan dulce, tan bondadoso, que la pluma no sería bastante á describir.

Por una casualidad, las miradas de Fanni se fijaron en Elena, y sin duda debió encontrarla también linda é interesante, pues la saludó con una sonrisa cariñosa y amable.

La niña correspondió con viveza á aquel saludo, y siguió con la vista á su vecina, que se entretenía en formar un ramillete con las flores más bellas que encontraba al paso.

De pronto el sonido de una voz que pronunciaba su nombre hizo volver la cabeza á Fanni.

Era su padre, que la llamaba desde uno de los balcones.

Elena también dirigió su vista hácia el sitio de donde partía aquel acento, que sin saber por qué la había hecho estremecer trayendo á su mente un recuerdo, pero tan confuso y tan vago que apenas pudo fijarse en él.

—Fanni, decía aquel hombre dirigiéndose á la jóven, Fanni, sube pronto, tengo que presentarte al hijo de uno de mis mejores amigos, á Sir Ricardo Dervil, sube, que aquí te aguardo.

La niña soltó las flores y más encendida que las rosas que cayeron á sus piés, se quedó parada en medio del jardín.

En cuanto á Elena sintió que su corazón latía violentamente al escuchar aquel nombre, y pálida como una azucena buscó con la vista al que acababa de pronunciarlo.

Este, sin saber el daño que hacía,

—Aguarda si no, dijo á su hija, todavía hablando desde el balcon, aguarda si no, y ambos bajaremos á buscarte, puesto que nuestro amigo me ruega que le tratemos con franqueza.

El padre de Fanni se retiró del balcon, mientras que las dos jóvenes, cada una desde su sitio, fijaban los ojos con ansiedad en la puerta de entrada.

No tuvieron mucho que esperar: dos hombres aparecieron en breve en ella.

El uno, envuelto en una magnífica bata de damasco oscuro, tendria á lo más cincuenta años, estaba pálido y demacrado, y tenia en la frente algunas arrugas que habian impreso tal vez en ella los pesares, el trabajo ó los remordimientos. Se llamaba Héctor de Montalvan, rico y opulento banquero, y era el padre de Fanni.

El otro iba vestido con la elegancia y el esmero propios de un jóven rico y elegante que por primera vez visita una casa.

Los ojos de Elena se fijaron con afán en él, porque aquel jóven era Ricardo.

En cuanto á Fanni, se turbó extraordinariamente y saludó al jóven sin alzar la mirada del suelo, mientras él le dirigia la palabra con la más exquisita finura y galantería.

La pobre Elena hubiera dado la mitad de su vida por no perder una sílaba de las que salian de los labios de aquel hombre, á quien amaba con todo su corazón.

Pero la distancia solo la permitia escuchar algunas frases sin hilacion ni sentido.

Inmóvil, sin aliento, concentrando su alma en los ojos, seguia todos los ademanes, todos los movimientos de aquellas tres personas que tenia delante.

Fuese casualidad, fuese prevision, Ricardo no miró una sola vez al sitio que ella ocupaba.

Esto aumentó su agonía, y por primera vez de su vida sintió su pecho desgarrado por el terrible dolor de los celos.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Á LA VÍRGEN MARÍA.

HIMNO.

Cantemos á la célica María
Himnos de amor y adoracion, que es Ella
La flor que en Nazareth brotando un día
Puso en la frente de Satan su huella.

Ella la que en Belen, inmaculada,
De su seno purísimo y fecundo
Y del divino espíritu auxiliada,
Virgen, dió á luz al Redentor del mundo.

Ella la que en sus brazos maternales
Tuvo á Jesus, la que su Ser humano
Nutrió con los dulcísimos raudales
De su amoroso pecho soberano.

Ella la que escuchó la profecía
De Simeon al presentar su ofrenda,

Y se humilló ante el ara en que ofrecia
De su divino amor la santa prenda.

Ella, la que al Egipto con su Hijo
Huyó angustiada por salvar su vida:
La que perdióle y con afán prolijo
Le halló explicando al pueblo su venida.

Ella la que, despues, en el Calvario
Vió morir á Jesus entre el tumulto.
Del pueblo deicida y sanguinario
Que unió á las iras el procaz insulto.

Ella la que aceptando el sacrificio
Del Hijo de su amor, Dios hecho hombre,
Estuvo de la Cruz ante el suplicio
De la salvada humanidad en nombre:

Y ella la que Jesus, en la agonía
Dejó por Madre del linaje humano;
Y desde entonces á las almas guía
De Sion hácia el puerto soberano.

Ella es allí la Reina de los ángeles;
La luz de los alados querubines;
La alegría feliz de los arcángeles;
El placer de los bellos serafines.

La palma de los mártires, luciente;
La paz de los humildes confesores:
La Virgen de las virgenes, ingente,
El amor inmortal de los amores.

La santa Hija del Eterno Padre,
Pura, sin mancha, cándida y hermosa;
Del Hijo santo la divina Madre,
Y del sagrado Espíritu la Esposa.

Y aquí, en el valle de dolor, es Ella
Rosa de Jericó mística y pura;
De la mañana rutilante estrella:
Vaso espiritual de la ventura.

Es torre de David, casa de oro;
Del afligido júbilo y consuelo;
Arca de union, y del saber tesoro;
Del enfermo salud; puerta del Cielo.

Ella es de gracia inagotable rio:
Es manantial de glorias y placeres;
Es talisman de inmenso poderío;
Es el ser más perfecto de los seres!

Es, con Dios, de los hombres medianera;
Es, de Dios con los hombres, dulce lazo;
Es la última esperanza lisonjera;
Es de las almas el final regazo!

Única flor que nunca se marchita!
Único mar que nunca se embravece!

Única aurora del amor bendita!
Único sol que siempre resplandee!

¡Cantemos á Maria! Nuestra boca
Bendiga sin cesar su augusto nombre:
Toda alabanza á su virtud es poca:
No basta á amarla el corazon del hombre!

Ni cuanto amor el Universo encierra
Al suyo iguala ni á su amante anhelo;
Que ella vino á inundar de amor la tierra
Despues que hubo de amor llenado el cielo!...

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

Tan puros como los astros del cielo que brillaban sobre sus cabezas, los dos jóvenes no sintieron al oír la voz del anciano, ni rubor en la frente ni confusion en el corazon, pero se hallaban conmovidos. El resto del camino se atravesó en silencio, y el brazo de Lucila temblaba en el del doctor. Cuando volvieron á la casita, Federico, en vez de concluir la velada con su amigo, como tenia de costumbre, le apretó la mano y se retiró á su habitacion: la felicidad necesita recogimiento, y como el dolor, prefiere la soledad.

Las estrellas iban palideciendo, el oriente comenzaba á blanquear, y el doctor se paseaba todavia por las calles de árboles de su jardin. Habia oído y recogido la vispera todas las conversaciones de San Mauricio y observado el mudo éxtasis de Lucila y Federico; una declaracion mútua no le hubiera podido descubrir más. Hasta aquel dia, el buen doctor no habia visto en la inclinacion de la jóven hácia el pintor, más que un instinto irreflexivo del que la razon concluiria por triunfar. Por otra parte, la ternura puramente fraternal que Federico manifestaba á la señorita de Montsabrey le tranquilizaba. El buen doctor comprendia un poco tarde que se habia equivocado. ¿Qué debia hacer? ¿qué partido convenia adoptar? La situacion era peligrosa: si Federico se alejaba, ¿qué seria de Lucila? y si se quedaba, ¿hasta dónde llegaria aquel afecto que no se atrevia todavia á declararse? ¿Se resignaria la señora de Montsabrey á entregar la mano de su hija á un artista desconocido? y el vizconde, que no carecia de altivez aristocrática, ¿se prestaria á un enlace tan desigual? Por cualquier lado que examinase el asunto, el doctor no veia más que obstáculos y dificultades. Pensaba



MEMORIAS
MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid
MADRID

con tristeza en el porvenir de los dos jóvenes á quienes amaba, y en la vida de Lucila, que apenas acababa de aparecer, y se veía ya expuesta á pruebas muy duras: pensaba con terror en la prolongada ausencia de la señora de Montsabrey, y se sentía abrumado con la grave responsabilidad que pesaba sobre su encañecida cabeza.

Después de reposar algunas horas se dispónia á bajar á la aldea para consultar con su hermano, y al abrir la verja del jardín se encontró al cartero.

—Una carta para vos, caballero.

El doctor prorumpió en una exclamación de júbilo al reconocer la letra del sobre: aquella carta era de la señora de Montsabrey. Mientras la buscaban en Italia, la madre de Lucila, que no había abandonado la Francia, vivía retirada en San Rafael, en el Var. La carta decía así:

«San Rafael, 25 de Junio de 1846.

«Mi antiguo amigo.

«He llegado aquí moribunda y no he querido pasar más adelante. ¿Para qué? Mi dolor no es de los que buscan distracciones, y puesto que no he muerto, viviré. ¿Por qué habeis consentido que se aprovecharan de mi desmayo para arrancarme del lecho donde mi hija acababa de espirar? Era para salvarme y se me ha dicho: marchad, el dolor no mata. Me siento, en fin, con fuerzas para volver á la mansion en donde por tanto tiempo he vivido con mi amada Lucila. Allí quiero vivir y extinguirme yo sola con su imagen. Jamás he comprendido esos corazones débiles que temen habitar los sitios que les recuerdan sin cesar á los seres queridos que han perdido. Dentro de algunos dias estaré á vuestro lado. No espero ya felicidad aquí abajo, y mi único consuelo será hablar de ella á todas horas. Colocad á la cabecera de mi cama el retrato que me habeis prometido. Os había escrito pidiéndosle, pero por una compasión cruel, mi hermano retuvo la carta. ¿Es eso, Lucila mia, todo lo que me resta de tí?...

«Hasta la vista, amigo mio, y Dios vele sobre vos....

«Amelia de Montsabrey.»

En cualquier momento la promesa del próximo regreso de la señora de Montsabrey hubiera colmado de júbilo al doctor; pero en el estado á que habían llegado las cosas, la recibió como un beneficio y como una bendición del cielo. La experiencia le había enseñado que el cuidado de vigilar á dos jóvenes es una tarea demasiado árdua. El regreso de la señora de

Montsabrey zanjaba todas las dificultades: el afecto mútuo de Lucila y de Federico no tendría tiempo de crecer ni de echar profundas raíces y su separación no pondría en peligro su existencia. El anciano, á quien la felicidad había devuelto la agilidad de la juventud, corrió á la habitación de Federico.

—La señora de Montsabrey ha escrito; ¡vuelve! exclamó: vamos á llevar con presteza tan buena noticia á su hija.

Al oír aquellas palabras, el joven pintor se puso pálido como la muerte, y el doctor, sin observar la alteración de su semblante, le arrastró consigo hácia el palacio.

—Hija mia, dijo aproximándose á Lucila, que se paseaba por el jardín, dentro de pocas horas abrazareis á vuestra madre.

Lucila lanzó un grito de gozo, y tomando la carta que la alargaba el doctor, la cubrió de lágrimas y de besos.

Federico, triste y silencioso, se mantenía de pié á su lado: había tenido un sueño muy halagüeño y acababa de despertarse.

IX.

Federico comprendió inmediatamente que su papel había concluido, que su tarea estaba cumplida, y que ya no le quedaba que tomar más que un solo partido. No le era permitido titubear, y sin embargo, también había comprendido que su deber era esperar á la señora de Montsabrey: la fuga, en el momento de su llegada, hubiera tenido la apariencia del remordimiento. En cuanto á Lucila, solo un sentimiento llenaba su corazón: iba á volver á ver y á abrazar á su madre: ni aun siquiera había cruzado por su mente el pensamiento de que Federico debía partir, y si alguno la hubiese dicho que estaba á punto de perder á su amigo, le habría contestado con una sonrisa de incredulidad.

Todo estaba preparado para el regreso: el doctor sabía que la alegría puede matar repentinamente como el dolor, y quería preparar á la señora de Montsabrey: conocía que sucumbiría si la anunciaba bruscamente la resurrección de su hija, lo había previsto todo, lo tenía bien calculado, y Lucila y los criados habían prometido ayudarle.

Una mañana se hallaban reunidos en el salón del palacio, Lucila, el doctor, el cura y el joven pintor. El salón, lleno de flores é inundado de sol, tenía la apariencia de un día de fiesta. Los cuatro personajes aparentaban estar dominados por una emoción de que fácilmente puede formarse idea: el doctor acababa

de recibir algunas líneas del vizconde, anunciándole para aquel mismo día la llegada de la señora de Montsabrey. Los dos ancianos procuraban calmar la agitación de la joven. Testigo de la felicidad de todos, Federico saboreaba en silencio el único goce que no le estaba prohibido: en aquella mansion, en que por tanto tiempo había habitado la desesperación, no existía más desgraciado que él. Por un sentimiento de discreción fácil de comprender, hubiera querido no asistir á la primera entrevista, pero sus amigos insistían, y puesto que había presenciado la pena, debía también ser espectador de la recompensa.

Las horas trascurrían lentamente para Lucila, que estaba en sumo grado impaciente. Á cada momento miraba el reloj, se asomaba al balcón, dirigía con avidez sus miradas hácia el campo, y volvía á sentarse con desaliento. El aguardar es el suplicio de la felicidad. Habían ya tocado á la oración del medio día en la iglesia de San Mauricio, cuando de repente, Turco, que se hallaba tendido á los piés de su ama, se levantó, enderezó las orejas y dirigió la nariz al viento. Casi al instante se oyó á lo lejos el ruido de un carruaje que se iba aproximando. Rodeada del doctor, Federico y el cura, Lucila se mantenía de pié en el hueco de una ventana: estaba pálida, temblorosa, y se apretaba el corazón con ambas manos. En fin, un grito se exhaló de su pecho: una silla de posta acababa de entrar en la calle de árboles y avanzaba al galope hácia el palacio.

—¡Es mi madre!... ¡es mi madre!

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO.

EL MANTO DE NIEVE.

(Continuación.)

—¿No me respondes? preguntó Eufrosina de nuevo.

—Madre, respondió la niña con lenta voz y suave acento, y alzando su blanca mano hácia la inmensidad de los cielos: ¿ves aquella ligerísima nube que cruza en este momento ante los postreros rayos del sol?

—Sí, mas...

—Podrá empañar un momento el hermoso brillo del astro del día, pero mírala bien, pasa

ligera y él vuelve á lanzar con más fuerza aún su bienhechora luz. Así es el pesar que hoy me aqueja; turba por un instante mi paz y mi alegría, pero muy en breve, acaso mañana, volveré á ser feliz... feliz para siempre.

—¡Luego no me engañaba! ¡oh! dime al menos...

—¡No, ni una palabra más, yo te lo ruego, espera, espera un poco más y lo sabrás todo.

—Pero ¿cuándo, cuándo por Dios?

—Pronto, acaso mañana: entre tanto, madre mía, yo te pido por el amor que me tienes que nada me preguntes y que estés tranquila.

La niña se incorporó un instante, rodeó con sus brazos el cuello de su madre, y besando su frente, la sonrió con infinita dulzura.

Eufrosina se tranquilizó ante aquellas caricias y aquella sonrisa: era Eulalia tan pura, tan inocente que no daba lugar á temor alguno. Además, ¿qué secretos podía tener una niña de trece años? Nada, una blanca nube no más, como ella había dicho muy bien.

Pasaron algunas horas, la madre y la hija permanecieron unidas algún tiempo más, sin que nada volviese á turbar la serena paz de aquella morada.

Pero cuando se hizo tarde, cuando cada una se levantó para dirigirse á su habitación en busca del diario reposo, Eulalia besó con más ternura la mano de su madre, y por un movimiento del corazón se dejó caer á sus piés para recibir su cotidiana bendición.

Eufrosina se estremeció, fué á interrogarla de nuevo, pero la doncella se levantó con presteza y arrojándose en sus brazos murmuró á su oído:

—Hasta mañana, madre, hasta mañana.

Un instante después entraba en su cuarto, y cayendo de rodillas ante el crucifijo que velaba su sueño,

—¡Hasta mañana! murmuró; ¡Madre de mi alma! ¡quién sabe si no la volveré á ver!

Eulalia oró algún tiempo con un fervor indecible.

De sus hermosos ojos, fijos con expresión divina en la sagrada imagen del Mártir del Calvario, se desprendían abundantes lágrimas, que brillaban sobre sus mejillas como brillan las gotas del rocío sobre el suave cáliz de la rosa.

¿Por qué lloraba aquella niña á quien sonreían con cariño todas las felicidades de la vida? La fortuna le había otorgado sus dones, era de ilustre origen, sus padres la adoraban, tenía juventud, angelical hermosura, ¿qué la afligía, pues? ¿qué turbaba su corazón de niña, libre aún de las pasiones humanas?

¡Oh! ella sola lo sabía: ella sola podía darse cuenta de su secreto pensamiento, porque en su pensamiento solo era donde se desarrollaba el principio de las tristes y sangrientas escenas que iban á combatir y desgarrar la preciosa flor de su existencia.

Y sin embargo, entre aquellas lentas gotas de llanto se mezclaba á veces la expresion de una sonrisa inefable y dulce como la inocencia y la pureza del alma de aquella niña.

Cuando terminó su oracion, se levantó del reclinatorio, pero lejos de dirigirse á su blanco lecho se encaminó á un gran armario, sacó de él un manto y cubriendo con él su cabeza,

—Así iré mejor, dijo; de este modo no podré ser descubierta: nuestros criados ni nuestros colonos no me reconocerán aunque tenga que pasar junto á ellos, ni vendrán á decir á mi madre el camino que sigo. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío, vos que veis mi intencion, protejed mi empresa!

La niña abrió lentamente la ancha ventana de su cuarto, fijó su vista en el cielo y despues de un instante de silencio exclamó:

—Aun no es hora, la luna no brilla en el espacio, ni disipa con su azulada luz las profundas sombras, y la oscuridad me inspira miedo: esperemos: además mi padre acaso aún no se habrá dormido y mi amante madre quizá velará tambien pensando en mí: en mí que la voy á abandonar, que voy á huir de su lado en medio de la noche. ¡Cuántos mares de llanto va á causarla mi ausencia! ¡mas qué importa? esas lágrimas de su alma serán el fecundo riego que entreabrirá las flores de su eterna corona: nada debe arredrarme; la hora de la prueba ha sonado y yo quiero mostrar que estoy pronta.

Eulalia se levantó como impulsada por una fuerza superior, y cubriendo su frente entre los pliegues del manto, se preparó á salir de la estancia con la mayor precaucion.

Un instante despues atravesaba algunas habitaciones oscuras y solitarias á la sazón, y con paso imperceptible se dirigia á la escalera que desembocaba en el pequeño jardin de la casa.

Bajó sin hacer ruido alguno: y sin hallar á nadie en su camino, y marchando entre las sombras llegó hasta un banco de césped, donde ella y Eufrosina iban á sentarse todas las mañanas.

Una vez allí desprendió de su cuello una pequeña cruz de oro que llevaba puesta desde niña, la envolvió en la cinta que ceñía sus cabellos y la colocó en el mismo sitio que su madre tenia costumbre de ocupar.

—Aquí la hallará mañana, murmuró, aquí

hallará este dulce y postrer recuerdo. Vámonos ya.

Y ligera como un suspiro del viento, se encaminó á la puerta, la abrió sin hacer ruido y se halló en frente del campo solitario y medroso, en medio de las altas horas de la noche.

La niña sin duda estaba muy cierta del camino que debía seguir, pues sin detenerse un instante emprendió una senda que conducia en pocas horas á la ciudad.

Entre tanto Eufrosina velaba inquieta recordando las palabras de su hija, y repasando en su mente los más insignificantes detalles de su entrevista de la tarde anterior.

Sin saber por qué, un temor desconocido y extraño hacia latir su corazón, y se estremecía á cada rumor del viento como si un peligro oculto le amenazara muy de cerca.

No durmió casi en toda la noche, y apenas despuntaban los primeros albores del día dejó el lecho para encaminarse al aposento de su hija, donde la llevaba el instinto de su alma.

Mas apenas anduvo algunos pasos quedó inmóvil y estremecida, sin poder darse cuenta de lo que sentia.

La puerta de la estancia de Eulalia se mostraba abierta al fin del corredor en que su madre se hallaba.

—¡Oh! exclamó Eufrosina con una forzada sonrisa; ¿por qué temblaré de este modo? ¿qué tiene de extraño que ella esté levantada? bajaré al jardin, allí estará sin duda: allí estará esperándome como otros dias. ¡Qué cobardes somos las madres! todo nos aterra, todo nos alarma en tratándose de nuestros hijos.

La amorosa madre cruzó con rapidez por los mismos sitios que la niña habia pasado algunas horas antes, y llegó al banco de césped en que ella, al partir se habia detenido.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

PROVERBIOS ORIENTALES.

Los grandes rios, los corpulentos árboles, las plantas saludables, las gentes honradas, no nacen para sí mismas, sino para ser útiles á los demás.

Disfrutar los beneficios de la Providencia, en esto consiste la sabiduría: hacer disfrutar de ellos á los demás, esta es la virtud.

Cuando estés solo, piensa en tus defectos: cuando estes acompañado, olvida los de los demás.

La burla es el relámpago de la calumnia.

Las aves que atraviesan el aire solo dejan un sonido; el hombre pasa y la fama le sobrevive.

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.